

■ Por
**Angélica
Reinosa**

Maria Elizari y Pedro Ramón Jiménez tienen por el arte una pasión innata que han cultivado toda su vida. Engañarlos es casi imposible. Ellos combinan una intuición afinada con conocimiento que les permite discernir, de un solo vistazo, lo valioso de lo mediocre y lo auténtico de lo falso. Podrían usar su talento para lucrarse con facilidad, pero el respeto que profesan por su oficio vale más que esa tentación.

El amor al arte de esta pareja de anticuarios sólo puede equipararse al que sienten por su hijo, Iker Jiménez, o su nieta Alma, a quienes nombran una y otra vez. Ese sentimiento es recíproco: el periodista ha presumido de sus padres en su programa de televisión *Horizonte* y en sus redes sociales. El motivo es que el matrimonio ha logrado que la talla de San Lucas, una escultura del artista Gil de Siloé robada de España hace 47 años y que fue a parar a Italia, vuelva a su hogar en Astudillo (Palencia).

Sólo ellos se percataron de que la obra en venta era robada. Dieron el aviso y con ese gesto declinaron ganar, como mínimo, un millón y medio de euros. «Renunciamos a serlistos; preferimos ser, voluntariamente y por valores, tontos», expresa Pedro. «¿Por qué? Porque alguien muy importante se había enterado de que era robada: nuestra conciencia», agrega mientras comparte una sonrisa cómplice con su esposa en la galería Theotokópoulos, regentada por ambos.

Pedro nació en diciembre de 1951, en Vitoria. Su mujer, dos meses más tarde, en febrero de 1952, en Pamplona. La devoción artística les viene de casa. El padre y el abuelo de Pedro eran también anticuarios. El tío de María, decorador y músico. De jóvenes soñaban con estudiar Bellas Artes, pero la vida los condujo primero por otros caminos: él se formó en Decoración y ella en Secretaría. Más tarde, ella estudió Restauración y él se decantó por la pintura.

Se conocieron en la capital guipuzcoana. «Nos enamoramos con una marina de un artista que no es demasiado bueno, pero siempre la mirábamos en San Sebastián». La joven pareja tuvo claro que quería profesionalizarse en su pasión. En 1987 se mudaron a Madrid y en 1998 abrieron, en la calle de Alcalá, la galería Theotokópoulos, especializada en pintura y escultura flamenca y española. «Maestros del gótico y renacimiento», reza en su página web. «Nos

En la guarida de Pedro y María, los cazatesoros que criaron a Iker Jiménez

Apasionados por el arte desde que nacieron, llevan años dedicados al mundo artístico, con estudio, observación y práctica. Desde la galería Theotokópoulos, en Madrid, descubrieron que una valiosa obra robada de España era subastada en Italia. Pudieron callar y enriquecerse, pero eligieron la honestidad



**UNA PASIÓN
TRANSPARENTE**

Desde su galería, María Elizari y Pedro Jiménez presumen de ser expertos en detectar falsificaciones. Ningún otro experto les ha refutado la procedencia de sus obras. Tampoco venden arte a cualquiera: primero se aseguran de que estará en buenas manos. J. BARBANCHO

dedicamos a los pequeños y medianos hallazgos analizando las obras sistemáticamente», sintetiza Pedro. Sin embargo, ellos no se consideran únicamente anticuarios. Ella prefiere ser conocida como restauradora y él como artista.

Asimismo, cuidan al detalle todo el proceso de venta de una obra. «Sabemos dónde está todo lo que hemos vendido y quién lo tiene», afirman.

«Hemos eludido vender a comerciantes, porque un comerciante sólo te da dinero y el único interés que tiene es revenderlo». La pareja de coleccionistas lamenta que su oficio esté contaminado. «Tenemos mucha competencia ilícita... Tenemos pruebas degente que estafa de manera sistemática... No entendemos que haya tal ofuscación en engañar así. Es que nos parece una in-

dignidad. ¿Cómo son capaces de soportarse?». Indican que han notado un incremento de fraudes en los últimos años. «Hemos estado en subastas y ferias internacionales y hay mucho de eso. ¿Por qué? Porque escasean las piezas y todos quieren seguir ganando».

Los padres del conocido presentador comentan con orgullo que nunca se les ha reprochado un engaño. «Cuando

vendemos una obra, hacemos un contrato con responsabilidades económicas, que garantiza la devolución del importe más un 20% en caso de refutación. Es decir, que algún experto en la materia diga que eso no es lo que decimos, en época o en autoría. Nunca nos han reclamado». Ellos consideran que han sido recompensados por su buen hacer. «No captamos a nadie superficial. El dinero ese vacío de las drogas, por ejemplo, nunca nos ha llegado. Nos repelemos mutuamente», aseguran.

“DISFRUTAMOS MUCHO DE APRENDER”

La constante de esta pareja ha sido la formación. De hecho, actualmente están cursando Bellas Artes en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). «Sólo habiendo estudiado y reflexionando mucho, llegas a cosas que no están escritas, pero que son útiles y están fundamenta-

cas. No era una talla de la escuela alemana como se describía: era de Gil de Siloé, nada más y nada menos que el escultor de Isabel la Católica. El precio les pareció irrisorio: estaba a la venta por entre 8.000 y 10.000 euros. Pese a que la pieza estaba declarada como «inexportable», quisieron hacerse con ella. «Aunque no podía salir de Italia, nos daba igual, porque la íbamos a comprar muy barata y la podíamos ofrecer a un cliente italiano», comenta el pintor.

Pero el plan cambió. Al revisar la documentación, María se topó con que era una obra robada. «Fue un descubrimiento suyo», reconoce su esposo. Yella matiza que «fue una colaboración». El San Lucas y otros evangelistas de la predela del retablo de Astudillo fueron robados por la banda de *Erik el belga* en 1979, y así lo comprobó María en una fotografía incluida en uno de los estudios consultados.

De inmediato, lo denunciaron ante la Sección de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil.

Teniendo en cuenta que el Museo del Louvre compró en una subasta una escultura de Santa Cecilia del mismo Gil de Siloé por tres millones y medio de euros, la talla de San Lucas pudo haberse vendido, «sólo con esa referencia», por al menos un millón y medio de euros. «Pero ni nos lo planteamos porque siempre hemos jugado no solo con la honestidad, sino con la ley», justifica Pedro.

La pareja de anticuarios, a sus 74 años, sigue planeando su vida en torno a su pasión. «Como nos olvidamos de qué edad tenemos, nos lo pasamos genial», confiesan risueños. Quierten tener un estudio más grande para estudiar y pintar. Pedro desea escribir un libro. Están desarro-

llando el proyecto *Ultrarte* con el que quieren acercar el arte a las personas para eliminar sus complejos, enseñándoles a apreciar las obras desde la emoción y sin necesidad de contar con los conocimientos históricos o técnicos.

En definitiva, con la honestidad por delante, María y Pedro sueñan, y soñarán, como si fueran tan inmortales como el arte. @AngelicaArr